

país que, como Bolivia, cuenta con un PBI menor que 10.000 millones de dólares no tendría cómo cubrir los 3.000 millones de dólares que aquellas han invertido en él. Es probablemente en ese punto en el que entraría a tallar Pedevesa.

En las negociaciones que se iniciaron tras la decisión de nacionalizar los hidrocarburos, el interés inmediato del gobierno boliviano es conseguir un incremento en el precio de venta del gas a la Argentina y el Brasil, mientras que el interés fundamental de estos gobiernos es el de garantizar el abastecimiento del combustible que obtienen de Bolivia. El tema es particularmente sensible para el Brasil, que importa de Bolivia 50% de su consumo de gas. Ese es, por lo demás, solo uno de los temas que le interesan al gobierno brasileño en esta materia. Sigue pendiente una negociación sobre los intereses de Petrobras en Bolivia. En este tema, mientras Lula mantiene una diplomacia de bajo perfil, José Sergio Gabrielli, presidente de Petrobras, embiste con la espada desenvainada. Su primera reacción frente a la decisión del gobierno boliviano fue anunciar que Petrobras no

invertirá ni un centavo en Bolivia hasta que se resuelva en forma satisfactoria el *impasse* actual. Añadió luego que el Brasil había cometido un grave error al depender en una proporción tan alta de los suministros de gas boliviano, deslizando la posibilidad de que en el futuro su país diversifique sus fuentes de abastecimiento, lo cual constituiría una decisión política antes que económica, en tanto pondría la estabilidad de sus fuentes de suministro por encima del precio de venta.

Probablemente, el factor más polémico en la decisión de esos gobiernos sea la presunción implícita de que si un recurso es puesto bajo control del Estado, este será empleado en beneficio de la nación. Pero allí donde el Estado no cumple cabalmente sus funciones más elementales, no queda claro por qué estaría en condiciones de asumir con eficiencia funciones adicionales. Sobre todo cuando, dadas las circunstancias (verbigracia, control sin competidores de un recurso cuyo precio internacional alcanza un nivel superlativo), no tendría mayores incentivos para hacerlo. ■

HUGO CHÁVEZ, ¿POPULISMO O SOCIALISMO DEL SIGLO XXI?

Luis F. Popa Casasaya

Profesor del Departamento de Ciencias Sociales PUCP,
analista internacional y ex diplomático cubano.

Una introducción necesaria

El presente trabajo no tiene pretensiones académicas sino es más bien un intento por observar lo que está sucediendo en Venezuela. Pasiones y desencuentros en una sociedad sudamericana que se siente caribeña, que tiene al béisbol como religión y la salsa como vocación.

La congresista y destacada lingüista peruana Martha Hildebrandt decía en una entrevista televisiva que, de acuerdo con su experiencia —ella ha residido en Venezuela—, para entender a Chávez hay que conocer a los venezolanos. Nosotros diríamos que también hay que conocer a Rómulo Gallegos y a *Doña Bárbara*, y tomar en cuenta Punto Fijo —como la creación del sistema de partidos políticos— y el «caracazo». Pero lo que más nos interesa es averiguar si el proceso político de Venezuela es un modelo clásico populista o se trata de una nueva Cuba; de esto último nos ocuparemos en el presente artículo.

Cuando observamos la historia de Venezuela del siglo XIX, nos damos cuenta de que es similar a la de la mayoría de países de América Latina: la misma disputa por el poder de los caudillos, y de los conservadores y liberales. La Guerra Federal es un ejemplo de ese siglo, así como la figura de Ezequiel Zamora como el héroe que dejó un legado en el pensamiento de las Fuerzas Armadas venezolanas; él fue la «tercera raíz», junto con Simón Bolívar y su mentor, Simón Rodríguez. Esta lucha política fratricida culminó en 1902 con el golpe de Estado que Juan Vicente Gómez llevó a cabo contra su pariente y amigo, el andino Cipriano Castro y su Revolución Azul. Con Gómez se inicia una larga dictadura que va de 1908 a 1936 y que culmina con su muerte.

Este fue un periodo en el que las salidas democráticas permanecieron selladas, y esto explicará lo tardío que fue el proceso institucional de los partidos políticos. Estos son Acción Democrática (AD) —socialdemócrata,

1941–, el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) –socialcristiano, 1946–, el Partido Comunista de Venezuela –1945– y la Unión Republicana Demócrata (URD) –populista, que también se funda en esa década–. AD, URD y COPEI firmaron el pacto de Punto Fijo, que lleva el nombre de la hacienda del fundador de COPEI, el controvertido Rafael Caldera, dos veces presidente de Venezuela (1968-1973 y 1993-1998) y el hombre que liberó a Chávez, el golpista fracasado de 1992.

Punto Fijo significó la repartición del poder entre los tres partidos firmantes, y finalmente entre dos, al retirarse la URD en 1963. Pero primero hay que hacer un poco de historia. Como hemos señalado, en la década de 1940 se inicia la construcción de la democracia en Venezuela con la creación de los partidos políticos modernos. Este proceso pretende despegar en 1947, con la convocatoria a comicios que por primera vez son libres y la elección del ilustre literato y académico Rómulo Gallegos. Pero esto apenas duró nueve meses, de febrero a noviembre de 1948, cuando nuevamente los militares, al mando del coronel Delgado Chalbaud, tomaron el control del destino de los venezolanos. A la muerte del coronel, se convoca a elecciones y gana Jóvito Villalba, de URD. Los militares desconocen su triunfo y entonces surge la figura de Marco Pérez Jiménez, quien gobierna Venezuela entre 1952 y enero de 1958. Pérez Jiménez será para los venezolanos el típico dictador de la década de 1950, en el contexto de la Guerra Fría. Fue un émulo de Trujillo en Santo Domingo, de Odría en el Perú, de Batista en Cuba, de Somoza en Nicaragua, entre otros.

Pérez Jiménez es derrocado por un movimiento cívico militar y se crea una junta presidida por el contraalmirante Wolfgang Larrázabal, y es en ese momento en el que se impone la figura del siempre perseguido demócrata Rómulo Betancourt, fundador de Acción Democrática. Betancourt, desde sus años estudiantiles, es el combatiente de la democracia venezolana desde una perspectiva nacional, populista; y es además un político con muchas relaciones en América Latina, lo que lo convierte en el paladín de la democracia latinoamericana.

Así, el 31 de octubre de 1958, Rómulo Betancourt era la máxima figura de Punto Fijo. Este pacto comprometería a los tres partidos políticos firmantes a cumplir las reglas del juego democrático, a conformar un gobierno de coalición cualesquiera que fuesen los resultados electorales, y a mantener una gestión pública sobre la base del programa mínimo de gobierno que acordaron.

El Partido Comunista de Venezuela no fue convocado. Con Punto Fijo se inicia el llamado período del pluralismo moderado, para posteriormente, con la salida de la URD, pasar a ser, de 1973 a 1993, un sistema bipartidista atenuado y más bien no polarizado.

Pero Punto Fijo, a pesar de las mejores intenciones de sus fundadores –en especial de Rómulo Betancourt–, se convierte en la base de un sistema bipartidista que transformó al Estado venezolano en el botín del caudillaje político de los líderes de AD y COPEI. En el Estado se crearon redes que respondían a una militancia partidaria comprometida con la gestión administrativa. Surgió, de esta manera, un Estado de tipo corporativo, aunque no llegó a serlo plenamente. Este rasgo se manifestó sobre todo en la burocracia de Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima (PEDEVESA), la empresa administradora del petróleo venezolano, en la cual la corrupción, más que la simple manifestación del robo, era una muestra del compromiso político y del sustento en el poder.

En nuestra opinión, Punto Fijo tiene cuatro momentos importantes, dos de los cuales casualmente están ligados a Carlos Andrés Pérez. El primer momento es su fundación y el establecimiento de su propósito, con el liderazgo indiscutible de Betancourt; los otros dos firmantes, Villalba (URD) y Caldera (COPEI), lo acompañan en el sentido de buscar su cuota de poder. Betancourt se convierte en el ejemplo del extinto presidente Kennedy frente al influjo de la revolución cubana, pues la construcción de un sistema democrático tenía posibilidades de frenar el liderazgo que en ese momento tenía Castro en la región.

El segundo momento es el primer gobierno de Pérez, de 1973 a 1978, marcado por el *boom* económico en Venezuela por el alza de los precios del petróleo, producto de la especulación a raíz del conflicto bélico entre Israel y los países árabes conocido como la guerra del Yom Kipur. Venezuela vivió una de sus etapas de mayor bienestar, pero el derroche del Estado en gastos innecesarios y frivolidades determinó que no se estableciera una política seria frente a las inversiones y al gasto social. Por un lado, creció la emigración de los campesinos, que buscaban nuevas esperanzas en las ciudades, en especial en Caracas; en un primer momento, ellos encontraron mejores condiciones, pero una vez que pasó el *boom*, se incrementaron las necesidades elementales de los sectores ciudadanos más pobres, situación que se arrastra durante toda la década de 1980, y que se inicia con el gobierno copeyano de Herrera Campins y la devaluación del bolívar.

Este desastre es el que el propio Carlos Andrés Pérez hereda cuando postula en 1988, con la promesa de repetir su gobierno de bonanza económica. En ese contexto y con esas estas premisas, sale elegido para gobernar durante el quinquenio. Sin embargo, Pérez se enfrenta a una realidad bastante difícil y su opción consiste en implementar una política de ajuste económico una vez que asume la presidencia.

Para muchos, Pérez es el primer presidente latinoamericano que implementa el modelo neoliberal, y también el primero en recibir una protesta de la magnitud del aluvión social llamado «caracazo», conocido e interpretado por algunos observadores como el primer movimiento antiglobalizador –nosotros diríamos que es la primera gran protesta masiva antineoliberal de América Latina–. Los sectores nacionalistas de las Fuerzas Armadas venezolanas encontraron en el «caracazo» una justificación histórica para reivindicar su compromiso con los postulados de las «tres raíces». En este contexto, el olfato conspirativo de Chávez, que viene desde 1977, comienza a tomar cuerpo.

El cuarto momento de Punto Fijo está marcado por la destitución de Carlos Andrés Pérez por parte del Congreso venezolano y al rompimiento del sobreviviente de este acuerdo, Rafael Caldera, quien se aleja de su partido, COPEI, al no ser considerado como candidato a la presidencia. Él funda Convergencia como movimiento y frente para postular a las elecciones de 1993, en las que triunfa. Con esto, Punto Fijo muere oficialmente, aunque su defunción se había producido mucho antes.

Hugo Chávez, una breve historia

Chávez es un hombre de origen muy humilde, que fue criado precariamente por su abuela al estar ausentes sus padres, dedicados a la labor docente como vía de sustento. Él mismo relata que aprendió a leer y escribir con su abuela, pues no podía entrar en una escuela rural por no contar con la vestimenta adecuada. Chávez, a quien le gusta memorizar lo que aprende –costumbre que trata de mostrar en sus extensos discursos–, se convierte en un lector insaciable, pero sin un método ni una guía. Esto explica que tengamos ante nosotros a un personaje cuyo discurso es incoherente, a pesar de que después del golpe de abril de 2002 trata de disimular este defecto intelectual escondiéndolo debajo de todo un tratado antiimperialista.

El nacionalismo de Hugo Chávez parte del espíritu bolivariano de las Fuerzas Armadas nacionales de las «tres

raíces». En 1977 organiza clandestinamente, junto con otros tres soldados, el llamado Ejército de Liberación del Pueblo de Venezuela, que es refundado el 17 de diciembre de 1982 con el juramento ante el samán de Güere,¹ en el estado de Aragua, con el nombre de Ejército Bolivariano Revolucionario 200.² Esta se convirtió en una fecha histórica del chavismo. Posteriormente, la organización pasa de llamarse ejército a movimiento, hasta constituirse, el 21 de octubre de 1997, en el Movimiento Quinta República.

Las bases ideológicas de las «tres raíces» sintetizan la influencia que para este movimiento tienen las figuras de Simón Rodríguez, Simón Bolívar y Ezequiel Zamora. Sin embargo, hoy en día esta influencia ha ido variando y se ha unido al pensamiento castrista-guevarista, además de la lectura oficial cubana de José Martí.

Cuando nos acercamos a varias biografías de Chávez, de derecha a izquierda, encontramos a un hombre que desde sus inicios como cadete –cuenta cómo Velasco Alvarado le regaló el Plan Inca y él se lo aprendió de memoria– hasta el golpe de Estado de febrero de 1992 contra Carlos Andrés Pérez, ideológicamente podría estar más cercano a un populismo clásico, al mejor estilo pronista, que al pensamiento castrista, marxista-leninista.

El propio Chávez narra que él había escuchado y leído algo de Fidel Castro. No es hasta que Chávez cae preso después del intento de golpe de Estado, que en prisión lee a Castro y al Che Guevara. Es en ese momento en el que se obsiona con la idea de luchar por sobrevivir para poder conocer algún día a Fidel, deseo que logra al salir de la cárcel, cuando viaja a Cuba y es recibido por el propio Castro con honores de jefe de Estado. En Cuba, da a conocer parte de su propuesta política a través de una exposición en el aula magna de la Universidad de La Habana, que hizo recordar los primeros discursos del joven comandante y líder de la revolución cubana cuando aún no tenía un enfrentamiento frontal con Estados Unidos.

Del populismo al socialismo del siglo XXI

En un interesante artículo aparecido en la revista *Aportes*,³ la socióloga venezolana Nelly Arenas califica a Chávez como un populista que impone el militarismo frente a la institucionalidad democrática. La autora de

¹ Árbol hijo de otro junto al cual Bolívar acampó una vez con sus tropas.

² Bicentenario de Simón Bolívar.

este artículo llama a Chávez neopopulista, olvidando quizá que neopopulista fue Fujimori y hasta el propio Menen. No obstante, para ella el gobierno de Chávez tiene más de los viejos populismos, al mejor estilo de Perón y Vargas, que de los nuevos. Dice que, en todo caso, sería un populismo militarista. Esta es una tendencia que hemos encontrado en los colegas venezolanos e incluso en los analistas políticos.

Se dice que la historia sirve no para que los hombres sean más inteligentes sino para que sean más sabios. Por eso debemos hurgar en la historia para averiguar qué pasó, de dónde está extrapolando Chávez su modelo.

Cuando hacemos un repaso de lo que está sucediendo en Venezuela, vemos que no solamente se están produciendo algunos hechos que podrían ser similares a los que ocurrieron en Cuba, sino que también se están repitiendo las estructuras gubernamentales y sociales.

En primer lugar, la oposición. Estamos en presencia de una oposición que hace rato comenzó a retroceder frente a Chávez, con argumentos referentes a lo ilegítimo que es su gobierno y principalmente su elección. Como remedio se da el repliegue, que consiste en no participar en las elecciones «fraudulentas» de Chávez; otras personas prefieren refugiarse en Miami, el santuario del exilio cubano. Quizá muchos venezolanos piensen que Estados Unidos resolvería el tema Chávez en 48 horas; eso mismo pensaron los cubanos en el exilio, y han transcurrido 48 años. En Cuba la oposición también se retiró; algunos tomaron las armas en un momento en que la popularidad de Fidel Castro era inmensa, pues estaba aplicando los planes masivos de asistencia y seguridad social, y por eso las propias masas seguidoras de Castro contribuyeron a eliminar a esa oposición tibia, débil y sin discurso alternativo frente a lo que ofrecía el nuevo proceso político.

Los planes sociales masivos de Chávez, llamados «misiones», están llegando a personas que nunca tuvieron nada. La oposición, hasta el presente, no convoca con alternativas diferentes que lleguen a los excluidos; es parte del tejido social que se ha desgarrado

Segundo, el tema del enemigo externo como contrapropuesta a los que internamente están contra él. Es la llamada teoría del *linkage*, en la que todo el que no está conmigo —que represento los intereses nacionales y a la Patria— es un agente externo o del «imperialismo»;

por lo tanto, es un conspirador, un «escuálido» en Venezuela, un «gusano» en Cuba. Los viejos populismos o los clásicos populismos no elaboran ni llevan a cabo esta política; el enfrentamiento se da internamente entre los distintos sectores.

Tercero, la doctrina militar de Chávez es la «guerra de todo el pueblo», que es la doctrina militar llevada a cabo por los vietnamitas frente a Estados Unidos. Esta doctrina se hace vigente en Cuba fundamentalmente después del llamado período especial, a raíz del derrumbe de la Unión Soviética y del resto de países de Europa del Este. La doctrina en cuestión se basa en que el enemigo invade y ocupa parte o todo el territorio nacional, pero como tiene que combatir no contra un ejército profesional sino contra una población que está armada y adiestrada militarmente, la ocupación equivale a estar en un avispero. No puedes identificar al enemigo en el territorio ocupado, no sabes en qué momento te atacará, factor que, psicológicamente, desestabiliza al ocupante. El patriotismo está presente, pues el hecho de que el país esté ocupado por una fuerza extranjera resalta este espíritu en la población.

En Cuba, parte de esta estrategia recae en las tropas territoriales (milicias), en Venezuela en las guardias territoriales. Después del golpe de Estado de abril de 2002, Chávez cambia el orden de mando de las Fuerzas Armadas. Ahora, él tiene el mando directo sobre las unidades militares más importantes. Esta medida limita la posibilidad de que se produzca un nuevo golpe de Estado. Aunque Estados Unidos ya no le vende ni le venderá armas a Venezuela, el armamento se renueva en un mercado alternativo como el ruso, lo que garantiza los repuestos y los 100.000 fusiles AKM necesarios para armar a las guardias territoriales, todo esto unido a la posibilidad de que en el país se instale una fábrica de este tipo de fusiles. Incluso sucede algo que podría tomarse como un detalle sin importancia, pero que no lo es: los uniformes se cambian por unos semejantes a los de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba. Esto tiene su lógica de tomar distancia del resto de países de América Latina que se asemejan militarmente a Estados Unidos.

Cuarto, los programas masivos sociales, las misiones. Como Cuba, Venezuela comenzó —con asesoría cubana— y finalizó —tal parece— la alfabetización; hoy se aboca a la meta de que todos los venezolanos alcancen el sexto grado y posteriormente la secundaria, igual que hizo Cuba. En el tema de la salud pública, Venezuela sigue el modelo cubano que combina la acción gubernamental con la asistencia de las organizaciones de masas

³ Arenas, Nelly. «El gobierno de Hugo Chávez: populismo de otrora y de ahora». *Aportes*. Caracas: Nueva sociedad 200.